

REFLEXIONES EN TORNO A LA CONSTRUCCIÓN TEÓRICA DE LA CATEGORÍA AFECTIVIDAD

FREDDY VARONA DOMÍNGUEZ
Universidad de La Habana

RESUMEN: El centro de atención de este ensayo es la construcción teórica de la categoría afectividad, la cual se concibe como un sistema formado por las emociones, los sentimientos y las pasiones, de los cuales también se despliegan reflexiones en torno a su elaboración teórica. Este estudio se despliega desde una perspectiva filosófica y con una mirada totalizadora. Forman parte del contenido algunas elaboraciones teóricas de autores imprescindibles para entender estas temáticas y polemizar en torno a ellas, entre los cuales están Juan Luis Vives, Renato Descartes, David Hume (a quien se le brinda una atención más esmerada) y Adam Smith; no obstante, también forman parte del contenido criterios de algunos estudiosos contemporáneos, como el filósofo italiano Remo Bodei y el filósofo español José Antonio Marina. Al profundizar en las categorías referidas, se establecen relaciones con facultades humanas, como la imaginación, así como con los valores, la cultura y el mejoramiento humano.

PALABRAS CLAVES: afectividad; emoción; sentimiento; pasión; razón.

Reflections on the theoretical construction of the affectivity category

ABSTRACT: The focus of this essay is the theoretical construction of the affective category, which is conceived as a system formed by emotions, feelings and passions, from which reflections are also developed around its theoretical elaboration. This study unfolds from a philosophical perspective and with a totalizing perspective. Some of the theoretical elaborations of essential authors are part of the content to understand these issues and discuss them, among which are Juan Luis Vives, Renato Descartes, David Hume (who is given a more careful attention) and Adam Smith; However, criteria of some contemporary scholars are also part of the content, such as the Italian philosopher Remo Bodei and the Spanish philosopher José Antonio Marina. When deepening in the referred categories, relations with human faculties are established, like the imagination, as well as with the values, the culture and the human improvement.

KEY WORDS: Affectivity; Emotion; Feeling; Passion; Reason.

La afectividad ha cautivado la atención de estudiosos de diversas especialidades, sobre todo filósofos, psicólogos y pedagogos y aún la atrapa, aunque no se le brinda el esmero que debiera ofrecérsele. No obstante, en torno a ella existe un cúmulo considerable de criterios, no solo diversos, sino incluso contrapuestos entre sí, cada uno con sus especificidades y con su correspondiente importancia teórica.

Uno de esos criterios es el del psicólogo y pedagogo suizo Jean Piaget (1896-1980), cuya repercusión teórica ha sido grande, sobre todo en la psicología y la pedagogía. Este autor concibe la afectividad formada por las emociones, aunque incluye en ella los sentimientos y «las diversas tendencias, incluso las “tendencias superiores” y en particular la voluntad»¹. La lectura de sus textos conduce a pensar que la entiende diferente a lo racional y, más aún, separada de este.

¹ PIAGET, J., *Inteligencia y afectividad*, Aique, Buenos Aires, 2005, p. 18.

Puede hallarse otros estudiosos con ideas próximas a la modalidad piagetiana, pues entienden la afectividad como sinónimo de la emotividad², o sea, de aquello que tiene relación con las emociones, que las produce o que es sensible a ellas. También es posible encontrar autores que aunque se alejan del psicólogo suizo, se mantienen en las mismas dimensiones teóricas ya que consideran que está constituida por las emociones, pero en los límites de estas le dan cabida a los sentimientos e incluyen «cuestiones más “intelectuales” como son los intereses, la simpatía y la antipatía [...], las actitudes de carácter ético, etc.»³. Esta concepción toma como punto de partida a los afectos (entendidos estos como cariño, amor) y sus contrarios. Cercano a esta manera, en cuanto a sus vínculos con lo intelectual, está el modo de concebirla como una «zona intermedia donde se unen lo sensible y lo intelectual»⁴, pero no queda claro ni cómo se unen, ni qué sucede después de unirse; no obstante, posee el mérito de permitir la unidad de dos aspectos que históricamente se han concebido separados y contrarios.

En cuanto a los vínculos entre la afectividad y la razón, merecen un aparte los criterios del filósofo español contemporáneo José Antonio Marina (1939), para quien los fenómenos afectivos están relacionados con los valores. Puntualiza que estos son «aquellos aspectos de la realidad que resultan atractivos o repulsivos, convenientes o perjudiciales, placenteros o dolorosos, reforzadores positivos o aversivos»⁵, de tal modo, no solo están relacionados con lo agradable y lo desagradable, sino que tienen un cimiento más profundo porque a la luz de sus ideas se vinculan con el bien y su opuesto o negación: el mal, pero en función de las necesidades. Su opinión se fundamenta en que todo organismo está apto para captar las necesidades, le da capacidad para seleccionar y le facilita el modo para orientarse, conseguir lo conveniente o huir de lo perjudicial; para él solo algunos valores son morales, pues «las sensaciones/sentimientos de placer y dolor, y los sistemas instintivos de impulso/descadenante/acción de cumplimiento, son elementos básicos de la afectividad»⁶ y, de hecho, la relaciona con la acción.

Ante la diversidad de criterios, un procedimiento al alcance de todo estudioso, que posibilita entender con profundidad cualquier categoría, es la aproximación semántica a la misma. La primera información que ofrece esta modalidad respecto a la afectividad es que esta palabra significa cualidad de afectivo. Pero esto no es suficiente para adentrarse en las profundidades de dicha categoría, así que es preciso continuar y ahondar en el vocablo afectivo. Mas el obstáculo persiste en cierta medida, porque lo que arroja la búsqueda en diccionarios de varias índoles es que con dicho vocablo se hace referencia a aquello que pertenece a los sentimientos, la sensibilidad y el afecto, o se relaciona con ellos. De tal suerte, si

² SURRELLÉS, A., «Afectividad y epistemología de las ciencias humanas», en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, no. Especial, noviembre-diciembre, 2005. www.aibr.org consultada 20 de marzo de 2018, p. 1.

³ CARRETERO, M., «Introducción. Conocimiento y deseo en la obra de Jean Piaget», en Jean PIAGET: *Inteligencia y afectividad*, Aique, Buenos Aires, 2005, p. 9.

⁴ QUINTANILLA MADERO, B., «La educación de la afectividad», en *Revista Panamericana de Pedagogía* <http://biblio.upmx.mx>

⁵ MARINA, J. A., «Precisiones sobre la Educación Emocional», en *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, vol. 19, núm. 3, diciembre, 2005, p. 34

⁶ Ídem.

se quiere lograr una idea más profunda, hay que seguir la huella de cada una de estas tres palabras.

Al ir por la línea del vocablo *sentimiento* se capta que este tiene dos significados, primero, acción y efecto de sentir o sentirse, y segundo, el estado del alma causado por impresiones. Al ahondar en la primera acepción, se capta que la palabra sentir tiene, entre otras acepciones, la de experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas, a las cuales los sentimientos están ligados esencialmente. En cuanto al estado del alma, los argumentos encontrados convergen con los que se ofrecen en torno al verbo sentir.

Si el movimiento cognoscitivo se realiza por la vía del término sensibilidad, se puede captar que por esta se entiende la facultad de sentir, propia de los seres animados, y la capacidad de responder a los estímulos, pero también, la propensión natural de los seres humanos a dejarse llevar por los afectos, sobre todo la compasión y la ternura.

Y si la marcha es rumbo al vocablo afecto, se halla que este tiene dos grandes acepciones: inclinado a alguien o algo, y la afición por alguien o algo, sobre todo de cariño y amor; pero no se puede ignorar sus vínculos con el verbo latín *affectare*, que tiene entre sus significados hacer impresión en alguien, causando en él alguna sensación; tampoco se puede soslayar que se deriva del latín *affectus*, que significa sufrir alteración. Por eso, aunque afecto se usa con mayor frecuencia para referir estados espirituales vinculados al amor y al placer, con él también se puede hacer alusión a aspectos negativos; la alegría y la tristeza pueden entenderse como afectos. No ocurre así cuando se trata de afectuoso y afectuosa, pues en este caso el vocablo se usa para decir que alguien es cariño, tierno o amoroso, y no lo contrario.

De lo anterior se desprenden dos conclusiones. La primera de ellas es que la palabra afectividad, desde sus raíces, es un sistema integrado por los sentimientos y los grados de reacciones de estos, por lo cual abarca también las emociones y las pasiones, así como la tendencia a las reacciones emotiva, sentimental y pasional, con la diversidad de las manifestaciones individuales y sociales, y los nexos entre ambas. La segunda es que está ligada esencialmente al amor (no solo sexual) y su negación; por esta causa se ubica en el eje placer-dolor, y es aquí donde se desencadena como impulso axiológico conducente a la acción.

El modo de entender la afectividad como un sistema integrado por las emociones, los sentimientos y las pasiones, es compartido por varios autores⁷. Uno de los ejemplos más antiguos y que muestra gran solidez teórica, está dado por los razonamientos del filósofo escocés David Hume (1711-1776), quien clasifica las percepciones de la mente humana en dos géneros: las impresiones y las ideas. Las diferencias entre ambas las establece por la vivacidad y fuerza con que se presentan al espíritu humano, al pensamiento y la conciencia. Según su opinión, las primeras son las más enérgicas y vivaces, y por tal causa, entiende que son las que penetran con mayor intensidad al espíritu humano, al pensamiento y a la conciencia. Entiende que las impresiones están formadas por (en el mismo orden en que opina que

⁷ MORIN, E., *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, París, 1999, p. 13; QUINTANILLA MADERO, B., «La educación de la afectividad», en *Revista Panamericana de Pedagogía* <http://biblio.upmx.mx>

aparecen en el alma) las sensaciones, las pasiones y las emociones⁸, las ubica en el ámbito de la mente y las subordina a la razón.

Estudiar estos asuntos teóricos es una tarea colmada de dificultades. Entre ellas puede mencionarse algunas, quizás las más notorias: no son tan claros como otros actos y hábitos, por ejemplo, los cognoscitivos; son muchos y muy variados; y, dependen de una gran cantidad de factores, entre los cuales figuran las características individuales (el temperamento, la edad, la salud) y las sociales (época de paz o de guerra, bonanza o crisis económica, marco de amigos o enemigos). A esto se le debe añadir la contrariedad producida por enfermedades psiquiátricas (ansiedad, depresión, etc.) y el sentimentalismo, que acaece cuando se vive en función de los sentimientos y se abusa de ellos (con frecuencia, quien lo posee, es muy difícil que lo comprenda)⁹. A ello se suman las dificultades del empleo de estas palabras, un ejemplo es el uso de *lo afectivo* como sinónimo de *la afectividad* pues, aunque en sentido general tienen el mismo significado, hay autores que emplean la primera forma no solo para referir el estado interno del yo que está matizado por las tonalidades agradables y desagradables, sino para separarlo de lo racional y lo voluntario, y más aún, para oponerlos. Otro ejemplo es que las categorías *sentimiento*, *emoción*, *afecto* y *estado afectivo* a veces se emplean como sinónimos, pero no lo son, el estado afectivo alude la *atmósfera* o *ambiente* dado por las emociones, los sentimientos y las pasiones, sobre todo por las primeras y las terceras, tanto positivas, como negativas¹⁰, en determinado momento y en circunstancias específicas, además, cada una de las otras tres tiene sus especificidades. Por ende, al tratar el tema de la afectividad no basta con delimitar su alcance y precisar sus componentes teóricos, para ganar claridad y hondura en la misma, es indispensable profundizar en cada uno de dichos componentes y determinar qué se entiende por cada uno de ellos, a sabiendas de que este es un contenido complejo, característica esta que facilita las omisiones, los excesos y las insuficiencias.

1. LAS EMOCIONES. ALGUNOS CRITERIOS ESENCIALES

La palabra emoción proviene del término latín *emotio*; suele usarse en dos sentidos: uno, alteración del ánimo, intensa y pasajera, agradable o desagradable, que se presenta con alguna modificación somática (es este el que se usa con mayor frecuencia); dos, gran interés por algo. No faltan autores quienes bajo la denominación de emociones incluyen todos los fenómenos afectivos complejos, vinculados a las representaciones sensoriales o a las imaginativas, entre ellas la alegría y la tristeza, la ira y la templanza, e incluso el amor, para distinguirlas de las afecciones simples o básicas: el placer y el dolor¹¹.

⁸ HUME, D., *Tratado sobre la naturaleza humana*. LIBROS EN LA RED. Edición Electrónica: Diputación de Albacete, Servicio de Publicaciones – Gabinete Técnico, 2001, www.dipualba.es/publicaciones, p. 20

⁹ SELLÉS, J. F., «Los filósofos y los sentimientos». *Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria*, no. 227, 2010, p. 7.

¹⁰ MAISONNEUVE, J., *Los sentimientos*, Salvat Editores S. A., Barcelona-Madrid, 1953, p. 13.

¹¹ MAISONNEUVE, J., o. c., p. 23.

En la cultura greco-romano de la Antigüedad convivieron la celebración epicúrea de lo afectivo, la práctica retórica que evocaba las emociones en su auditorio para persuadirlo (el *pathos* discursivo), la medicina mediante el habla y la emoción (*psicagogia*) y la visión de los estoicos, quienes aspiraban llegar a la felicidad perfecta (*ataraxia*) con un sometimiento de las emociones, por cuanto las concebían como un fenómeno patológico a superar para alcanzar el estado de apatía (*apatheia*). No obstante, de manera general, en la retórica romana la emoción ocupaba un lugar positivo; al crear un discurso (*inventio*) se debía convencer y emocionar, tanto con el carácter del personaje que habla (*ethos*) como con las pasiones evocadas en el auditorio (*pathos*). Al disponer los elementos de un discurso, el inicio y el fin debían tener una fuerte carga emocional (*animos impellere*). La elocución se dividía en elección (*electio*) y composición (*compositio*), la elección producía emocionalidad con tropos y figuras¹².

Respecto a las emociones Renato Descartes (1596-1650) tiene un sitio singular. Él es el primero en buscar sus causas y hallarlas en la agitación de los espíritus animales, en establecer la separación entre ellas y la cognición y en tratar en forma sistemática el aspecto físico y fisiológico de las mismas; además, entiende los conflictos internos como colisión entre el alma y el cerebro. Constituye una característica de sus consideraciones la presencia del control de las emociones propio de los estoicos. Su punto de partida y perspectiva fue la física, ya que para él el conocimiento de esta ciencia y la fisiología ayudaría a la filosofía moral a conquistar el método mecánico que enlaza la triada experiencia-razón-virtud¹³.

Sobre la base cartesiana han tomado consistencia algunos criterios respecto a las características de las emociones: son las formas más explosivas de lo afectivo¹⁴; «combinación de un *proceso mental evaluativo* simple o complejo con *respuestas disposicionales* a dicho proceso, la mayoría *dirigidas al cuerpo mismo*»¹⁵; son «disposiciones corporales dinámicas que definen los distintos dominios de acción en que nos movemos»¹⁶; son «los estados de “*percatamiento*” corporal y no conceptual de que dispone un organismo vivo para responder — en la mayoría de las situaciones de manera no consciente o involuntaria— a las situaciones cotidianas»¹⁷. Acerca de ellas hay dos ideas resultantes de los intentos por clasificarlas. Una es que existen seis tipos primarios: alegría, tristeza, disgusto, ira, sorpresa y miedo; la otra es que es difícil determinar cuántas hay y cuáles son¹⁸.

En este tema son imprescindibles los criterios del filósofo David Hume, quien observa las emociones de una manera activa y las concibe como principios impulsores

¹² Ver SHANKER, S. y REYGADAS, P., «La red de la racionalidad: emoción y lenguaje», *Cuicuilco*, vol. 9, núm. 24, 2002, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35102403>, p. 5.

¹³ *Ibidem*, pp. 5-6.

¹⁴ MAISONNEUVE, J., o. c., p. 23.

¹⁵ DAMASIO, A., *Descartes' Error. Emotion, Reason and the Human Brain*, New York, Avon Books, 1994. Citado por A. Cuartas Corral, ob. cit, p. 65.

¹⁶ MATURANA, H., *Emociones y lenguaje*, Dolmen Ensayo, Santiago de Chile, 2001, p. 7.

¹⁷ CUARTAS CORRAL, A., «En busca de la dimensión intencional de las emociones y los estados de ánimo», en *Ideas y Valores* 66. Suplemento no. 3 (2017): pp. 58-59. <http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v66n3Supl.65636>

¹⁸ DÍAZ, J. L. y ENRIQUE O. FLORES: «La estructura de la emoción humana: un modelo cromático del sistema afectivo», en *Salud Mental*, Vol. 24, No. 4, agosto 2001, p. 21. www.medigraphic.org.mx

de la conducta y como fuentes motivacionales. Las ubica aparte de la razón, en una posición donde tienen prioridad sobre esta; las concibe como impresiones fuertes y violentas (aunque menos que las pasiones¹⁹, aunque no es posible determinar que no considerara que las emociones pueden llegar a ser tan violentas como las pasiones)²⁰.

Hume establece entre las emociones y el razonamiento una relación que hoy puede despertar curiosidad en cualquier estudioso: del mismo modo que las emociones dañan o impiden el razonamiento, este es perjudicial a las emociones. Según él, el espíritu, lo mismo que el cuerpo, parece hallarse dotado de un grado de fuerza y actividad, de sincronización, que el empleo de una facultad ejerce algún tipo de alteración sobre las restantes²¹, además, considera que las emociones no son un producto únicamente interno, (pues también tienen base objetiva)²², se combinan entre sí y dan lugar a mezclas (como cuando se ama y se odia al mismo tiempo)²³ y en ellas tiene un lugar singular la simpatía; en dependencia de esta, las emociones pueden aparecer o no, o tener uno u otro grado: «la simpatía con los otros es agradable solamente por conceder una emoción a los espíritus, pues una simpatía fácil y las emociones correspondientes son lo único común a la relación, trato y semejanza»²⁴.

Aunque en el propio siglo XVIII hubo otras consideraciones acerca de estos temas, así como también las hubo en el XIX y el XX, y so pena de condena por dar un salto tan grande en la historia, soslayando criterios y reflexiones interesantes, se llega al siglo XXI para atender algunas ideas del médico español Francisco Mora, quien caracteriza las emociones como «reacción conductual y subjetiva producida por una información proveniente del mundo externo o interno (memoria) del individuo»²⁵. A su vez, asegura que se acompaña de fenómenos neurovegetativos y que el sistema límbico es una parte importante del cerebro, que se relaciona con la elaboración de las conductas emocionales²⁶. Sostiene que las emociones se muestran mediante manifestaciones corporales, certifica que son neurovegetativas y sus causas son tanto internas como externas. Pero hay algo más, de extrema importancia, en sus criterios, y es que subraya la valía de las emociones en la vida de las personas; no siempre son perjudiciales.

En los estudios actuales acerca de estos asuntos se halla la distinción entre las emociones positivas y las negativas, así como la puntualización de que ambas se complementan. Entre los estudiosos de esta temática están las autoras Richau y Mesurado quienes conceptualizan las positivas como experiencias de satisfacción o placer y señalan que entre las más frecuentes están la alegría, la satisfacción, la

¹⁹ HUME, D., *Tratado sobre la naturaleza humana*. LIBROS EN LA RED. Edición Electrónica: Diputación de Albacete, Servicio de Publicaciones – Gabinete Técnico, 2001, www.dipualba.es/publicaciones, p. 20

²⁰ *Ibídem*, p. 304

²¹ *Ibídem*, p. 147

²² *Ibídem*, p. 248

²³ *Ibídem*, p. 256

²⁴ *Ibídem*, p. 261

²⁵ MORA, F., «¿Qué son las emociones?», en Rafael BISQUERRA (coordinador), *¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia*. Barcelona, Esplugues de Llobregat, s.f., p. 14 www.faroshsjd.net

²⁶ *Ibídem*, p. 14

serenidad y la simpatía; a su vez enfatizan que «aunque fenomenológicamente son distintas entre sí, comparten la propiedad de ampliar los repertorios de pensamiento y acción de las personas y de construir reservas de recursos físicos, intelectuales, psicológicos y sociales disponibles para momentos de crisis»²⁷.

En la larga lista de estudiosos contemporáneos del tema está la autora Laura Mesa. Afirma que las emociones no solo son reacciones ante sucesos que ocurren en el mundo, pues tienen vínculo con la racionalidad²⁸. De ellas señala dos características fundamentales. Una es que tienen objetos intencionales, es decir, un objeto o evento al cual se dirige y que esto las distingue de los estados anímicos, por ejemplo, el estado de depresión no tiene un objeto al que se dirija la sensación. Según esta estudiosa «los estados anímicos, aunque presentan muchas similitudes con las emociones, se distinguen de ellas al menos en este sentido: no tienen objetos intencionales porque no hay un objeto particular al que se dirija la atención»²⁹. El otro rasgo que señala es que las emociones involucran conductas, una tendencia a actuar de cierta manera acorde con la emoción³⁰, no es simplemente una reacción.

Además de los aspectos teóricos anteriores, esta autora apunta que dentro del complejo de las emociones existe un fenómeno singular llamado *emociones recalitrantes*. Con esta categoría hace alusión a la ruptura entre las emociones y los juicios; ambos, según hace saber, en general, se relacionan armónicamente, pero las emociones recalitrantes no se corresponden con los juicios. Por ejemplo, una persona que se ha emocionado por algo, que sabe que no tiene por qué emocionarla³¹.

Atractivas son las consideraciones de los autores Stuart Shanker y Pedro Reygadas por los vínculos que establecen entre las emociones, la lengua y la cultura. Básica es la afirmación siguiente: «La emoción es refinada por la lengua, pero ese proceso de afinación de la competencia emocional es propio de una cultura en particular o de una civilización en lo general»³². Desde aquí llegan a una serie de conclusiones: en cada cultura se aprende a interpretar y a manejar los nexos entre el habla y las emociones, así como los tonos de voz; en cada lengua hay maneras particulares de presentar la sobrevaloración y la subvaluación de las emociones, lo cual constituye la esencia emocional de una determinada cultura; las emociones se entienden como todo lenguaje, por convención³³. Estos autores enfatizan la importancia de las emociones y subrayan las relaciones que se tejen entre ellas, el lenguaje, la comunicación y, sobre todo, la cultura. No es desatinado apuntar que esta última influye no solo en la manera como se manifiestan las emociones y en su grado, sino también en su surgimiento, puede ser que un hecho emocione en determinada cultura y en otra no.

²⁷ RICHAU, M. C. y Belén MESURADO. «Las emociones positivas y la empatía como promotores de las conductas prosociales e inhibidores de las conductas agresivas». *Acción Psicológica*, volumen 13, no. 2, 2016, p. 31, <http://dx.doi.org/10.5944/ap.13.2.17808>

²⁸ MESA, L., «El conflicto en las emociones recalitrantes», *Ideas y Valores*, 67, Suplemento número 4, 2018, p. 116.

²⁹ *Ibidem*, p. 117.

³⁰ *Ibidem*, p. 118.

³¹ *Ibidem*, p. 119.

³² Ver SHANKER, S. y Pedro REYGADAS. «La red de la racionalidad: emoción y lenguaje». *Cuicuilco*, vol. 9, núm. 24, 2002, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35102403>, p. 19.

³³ *Idem*.

Este paseo por algunas concepciones acerca de las emociones conduce a aseverar que no hay que huir de ellas. Si son una característica consustancial al ser humano, se impone aprender a emplearlas, adaptarlas a las exigencias del momento, optimizar su existencia y aprovecharlas.

2. LOS SENTIMIENTOS. UNA INCURSIÓN AL INTERIOR DE LA TEORÍA

Definir los sentimientos es una tarea complicada, a veces se dice que son la capacidad de sentir, pero esto se logra con cuatro de los cinco sentidos, pues no es costumbre, por lo menos en español, asegurar que se siente algo con la vista. De tal manera, definir los sentimientos como la capacidad de sentir es algo muy ambiguo. Otra definición que puede hallarse en la bibliografía especializada es que son estados interiores humanos, intensos, que cada individuo experimenta según determinadas circunstancias, pero de tal manera no se puede precisar a qué se hace referencia cuando se dice *interior*, porque puede ser cualquier órgano vital. Una tercera variante los delimita como estados de ánimo u opiniones inmediatas, que no se justifican con argumentos racionales, pues en ellos y con respecto a ellos, prevalece la espontaneidad y lo subjetivo, pero habría que definir qué son los estados de ánimo, por qué son incompatibles con los argumentos racionales y por qué tienen que ser espontáneos. Estas son algunas reflexiones expuestas no para condenar los criterios, sino para polemizar respecto a ellos.

La palabra sentimiento tiene su aparición en el ámbito filosófico, específicamente en la filosofía francesa del siglo XVII. Con este vocablo, proveniente del latín *sentire*: experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas, Descartes designa los estados mentales ligados a las necesidades del organismo: el hambre, la sed, el dolor, entre otras similares. A partir de estos nexos, los concibe como confusos, pasivos y los sitúa dentro de la categoría pasión. Tal ubicación es básica en su concepción. Por cuanto ve las pasiones contrarias a la acción (en tanto ofuscación), las percibe como una fuerza desmovilizadora y desde aquí caracteriza a los sentimientos como afición pasiva muy fuerte por alguien o por algo, pero también como una perturbación o afectación del ánimo³⁴. Es decir, para él, no son algo positivo.

En ese mismo siglo, el XVII, toman consistencia varias concepciones acerca de los sentimientos. Las más sobresalientes son la metafísica, la psicofisiológica y la intelectualista. La primera de ella procede de Blaise Pascal (1623-1662), quien no usa mucho la palabra sentimiento, pero le otorga una elevada valía a lo sentimental, que relaciona con el corazón y el instinto, lo opone a lo racional y lo ve como la vía inmediata y natural que permite comprender valores y principios para lo cual la razón es impotente, de aquí que para él es la clave del amor, la fe, la esperanza, la certidumbre interior que no tiene que ver las demostraciones; además, lo entiende no como un estado mental, sino como un acto espiritual que abarca valores. La segunda (psicofisiológica), tiene en el filósofo y matemático francés Nicolás de Malebranche (1638-1715) un gran exponente, a la luz de cuyas consideraciones,

³⁴ MAISONNEUVE, J., o. c., p. 2.

los sentimientos son un estado irracional que traduce la reacción del sujeto a su medio y se acompaña de modificaciones corporales; enfatiza la oposición entre los sentimientos y la razón. La tercera (intelectualista), se debe al filósofo alemán Gottfried Leibniz (1646-1716), en ella los sentimientos son una forma confusa de inteligencia, la palabra sentimiento no designa ni pasiones, ni estados afectivos, ni el impulso del amor, sino la conciencia confusa que se tiene de los objetos y valores; entendiéndolos como una opinión vaga e inmediata³⁵.

En los siglos XVIII y XIX fue grande la exaltación de la sensibilidad, la pasión y los sentimientos. Se les dio más importancia a sus méritos que a esclarecer su esencia. Entre quienes emitieron criterios acerca de este tema o expusieron teorías en torno a él, están dos filósofos escoceses: David Hume (1711-1776) y Adam Smith (1723-1790), y uno francés: Jean-Jacques Rousseau (1712-1778).

Hume afirma que «todo lo que penetra en el espíritu, siendo en realidad una percepción, es imposible que aparezca diferente al sentimiento»³⁶. Es de entender esta sentencia, porque una de sus posiciones teóricas básicas es que todo se siente. Ahora bien, ve los sentimientos como resultado de las impresiones secundarias o reflexivas, lo cual se puede entender si se aclara que las percepciones de la mente las divide en impresiones e ideas y que clasifica las primeras en originales y secundarias. Las originales (que también son de sensaciones) son las que, sin ningún antecedente, emergen del espíritu o por la impresión de los objetos sobre los órganos externos. Las impresiones secundarias (también las denomina reflexivas) proceden de las originales o de las ideas; cuando proceden de las originales, se trata de impresiones de los sentidos, aquí incluye los dolores y placeres corporales; cuando proceden de las ideas, se trata de las pasiones y otras emociones semejantes, por su intensidad. Este tipo de impresiones (las reflexivas) pueden ser tranquilas o violentas; del primer género es el sentimiento de la belleza y la fealdad en la acción, composición y objetos externos; del segundo son las pasiones de amor y odio, pena y alegría, orgullo y humildad³⁷. No es objetivo del presente texto detallar los criterios del filósofo en torno a estas temáticas, los cuales son complicados y polémicos, tal y como opinaba el mismo Hume; no pocas temáticas de este universo las dejó abierta a otros estudiosos.

La importancia atribuida a lo afectivo, en particular a los sentimientos, ocupa un sitio relevante en Rousseau, que puede captarse cuando, a modo de sentencia, asegura que «los hombres no habrían sido siempre más que monstruos, si la naturaleza no les hubiera dado la piedad en apoyo de la razón»³⁸. Y si no bastaran estas palabras, más adelante afirma que de la piedad se derivan todas las virtudes de la sociedad. Además, y como puede verse, no separa la afectividad y la razón, antes bien, entre ellas establece nexos colaborativos.

En cuanto al otro escocés y también economista (muy conocido por esta faceta), Adam Smith, es oportuno subrayar que tiene entre sus escritos *Teoría de los sentimientos morales*, obra que data de 1759. En ella expone sus criterios acerca de la

³⁵ *Ibidem*, pp. 3-5.

³⁶ HUME, D., *Tratado sobre la naturaleza humana*, o. c. p. 150.

³⁷ *Ibidem*, pp. 207-208.

³⁸ J. J. Rousseau, *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, en Tania Samé Iglesias. *Antología. Historia de la filosofía*, t. IV, (2012), La Habana, Editorial Félix Varela, p. 168.

vida moral y establece como su regulador a la simpatía, que «no surge tanto de contemplar la pasión, como de la situación que mueve a esta»³⁹, o sea, lo determinante es la causa, no el efecto. Por eso asevera que «la mayor causa de la simpatía es reconocer en el prójimo sentimientos altruistas para todas las emociones de los demás. Cada cual se regocija cuando advierte que los demás hacen suyas sus pasiones»⁴⁰. De tal suerte, concibe la simpatía como el don que posee cada quien de hallarse a sí mismo mediante su mirada (donde conjuga dos miradas: la de él mismo, pero como espectador de su conducta, y la del ser, cuya conducta él mismo trata de juzgar) y la de los demás, porque le es de suma importancia la opinión ajena⁴¹.

En el XIX varios filósofos le brindaron su atención a los sentimientos, como el filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860), quien dedicó no pocas reflexiones a la piedad; el danés Sören Kierkegaard (1813-1860), el cual desplegó buena parte de su pensamiento en torno a la angustia; y el filósofo francés Víctor Cousin (1792-1867), quien delimitó las facultades del alma en tres grupos: la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad, división esta que fue muy difundida en los centros de enseñanza de su época, incluso más allá de su país, aunque ve cada una de estas facciones como una autonomía ilusoria⁴².

Entre finales de ese mismo siglo y en las primeras tres décadas de la vigésima centuria, en los estudios filosóficos del universo espiritual humano tiene un sitio peculiar el filósofo y religioso alemán Max Scheler (1875-1928). Un aspecto de gran importancia para sus consideraciones en torno a estos asuntos es la idea de *la razón del corazón*⁴³, de Blas Pascal; se halla de modo explícito en sus palabras siguientes, donde enlaza esa idea con la influencia que tienen sobre el individuo, la educación, la cultura y las condiciones sociales e históricas. Así expresa:

Esta estructuración no afecta solo a la inteligencia, al pensamiento, a la intuición, sino también, en no inferior medida, a las funciones del sentimiento, a las funciones de lo que la voz del pueblo llama «el corazón». Existe una cultura del corazón, de la voluntad, del carácter y, merced a ella, una «evidencia» del corazón, un orden del corazón, una lógica del corazón (Pascal), un tacto y un espíritu de finesa en el sentir y en el valorar, una forma estructural de los actos del sentimiento, forma históricamente mudable y, no obstante, rigurosamente *a priori* respecto de la experiencia continente; forma que no surge de modo esencialmente distinto que las formas de la inteligencia⁴⁴.

Según puede deducirse de sus escritos, lo afectivo es el principio, el núcleo y el derrotero de muchas de sus reflexiones. No es fortuito que asegure que el «acto de la admiración y los sentimientos que le acompañan son las fuentes duraderas de toda busca de un saber *metafísico*, de lo que ya se percató claramente Aristóteles»⁴⁵.

³⁹ SMITH, A., *Teoría de los sentimientos morales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941, p. 37.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 41.

⁴¹ ABBAGNANO, N., *Historia de la filosofía*, Edición Revolucionaria, La Habana, s.f., t. 2, p. 297.

⁴² MAISONNEUVE, J., o. c., p. 6.

⁴³ ABBAGNANO, N., o. c., t. 3, p. 473.

⁴⁴ SCHELER, M., *El saber y la cultura*, Ediciones Elaleph.com, 1999, p. 65

⁴⁵ *Ibidem*, p. 88.

En los juicios de Scheler se conjugan la teoría de los valores, la del sentimiento intencional y la de la persona. La primera, o sea, la teoría de los valores, se puede sintetizar (so pena de que quien la sintetice se convierta en asesino de ideas) en la objetividad de los valores; la segunda consiste en que estos —los valores—, no se deducen de un fundamento metafísico, ni de la experiencia, ni de los sentimientos sensibles, pues son aprehendidos por la intuición sentimental, que no es el sentimiento sensible, ya que apunta a los valores, los cuales tienen carácter objetivo y como tales tienen sus propias leyes. Sobre esta base considera que la persona no es racional-universal (porque se despersonaliza), ni individual empírica (porque los actos racionales son supraindividuales), sino la unidad de actos esencialmente diversos.

Scheler aclara que a partir de los actos no se puede aprehender a la persona, sino al revés, y esto es posible solo a través de la inteligencia transida de amor (la razón del corazón), que revela la esencia de la persona, algo que no logra en su totalidad el conocimiento empírico, ni el histórico, tampoco el psicológico⁴⁶. De tal suerte, para el filósofo alemán los sentimientos quedan envueltos en la toma de interés por alguna cosa y este es resultado de la asimilación de los valores; por eso concibe los sentimientos como resonancias subjetivas de los valores⁴⁷. Los sentimientos para él son autónomos, iniciales, complejos y activos, a su vez, nunca se reducen a una simple afeción de carácter orgánico, siempre tienen un significado y una intención, cada uno de ellos es estado y acto. Por esta causa están enlazados al conocimiento, a la voluntad y, al mismo tiempo, a las iniciativas⁴⁸. Según sus reflexiones, primero está la aceptación o el rechazo, y luego el conocimiento. Esta posición teórica tiene extraordinaria importancia en la actualidad y no pocos autores la han asimilado y se acercan a ella de algún modo.

En el siglo XX no faltaron los estudios acerca de los sentimientos. En la primera mitad de esta centuria, los psicólogos se destacaron por el interés hacia estos temas y por su estudio. La mayoría de ellos tomaba partido por la naturaleza mental de los sentimientos o por su origen orgánico y junto a ello se pronunciaba en torno a la esencia de los estados afectivos en dos direcciones: la intelectualista (los derivan del conocimiento) y la sicológica (pueden existir fuera de la inteligencia; tienen su raíz en los instintos)⁴⁹. Entonces se solía identificar las palabras sentimiento, emoción, estados afectivos y afecto⁵⁰.

Aún con todo lo cuestionable que pueda ser, al estudiar el siglo XX no es inteligente ignorar la bibliografía marxista que se desarrolló en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y en los otros estados europeos que compartían el sistema político-social socialista. En estos casos el listado bibliográfico a tener en cuenta es extenso, y puede conducir el presente estudio por otros cauces, por eso solo se hará referencia al Diccionario Filosófico de los autores M. Rosental y P. Iudin, un texto muy socorrido en los años 70 y 80, por lo menos en Cuba. En esta obra los sentimientos son identificados con las emociones y son considerados

⁴⁶ ABBAGNANO, N. o. c., t. 3, p. 478.

⁴⁷ SCHELER, M., *El saber y la cultura*. Ediciones Elaleph.com, 1999, p. 50.

⁴⁸ MAISONNEUVE, J., *Los sentimientos*, o. c., pp. 13-14.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 9.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 23.

como «vivencias que el hombre tiene con respecto a su relación con la realidad circundante (con otros hombres, con fenómenos, cualesquiera que sean y consigo mismo)⁵¹. Se afirma que cuando son de corta duración, suele denominárseles emociones y cuando son estables y de larga duración, se les llama sentimientos. Los autores los clasifican en activos (estéticos) y pasivos (astéticos). En el primer caso ubican el tono emocional positivo, de satisfacción, como la alegría; mientras que en el segundo sitúan lo negativo, la insatisfacción, la tristeza. Les dan una gran importancia social a los primeros. Establecen tres grupos de sentimientos elevados: los morales (deber, honor); los estéticos (relacionados con la belleza, la fealdad, etc.); y los intelectuales (relacionados con la satisfacción de intereses cognoscitivos). Este criterio brinda posibilidades para continuar su desarrollo, sobre todo por el énfasis que expone entre el individuo y la sociedad.

La anterior posición teórica hace recordar la clasificación que distingue los sentimientos en naturales, morales y lógicos⁵². Cada uno de estos grupos se debe al área de la vida donde se desarrollan. El primer bloque abarca la zona natural humana (el cuerpo); el segundo, la moral (las relaciones con los otros seres humanos) y el tercero, la zona intelectual humana (los conocimientos). En los tres la base está dada por el binomio placer-dolor.

A la vigésima centuria pertenece el criterio de la autora húngara Agnes Heller (1929). Para ella «sentir significa estar implicado en algo»⁵³. Según su parecer, la implicación puede ser positiva o negativa, activa o reactiva, directa o indirecta; y sus reguladores son el límite tolerado por la homeostasis biológica, las costumbres y los ritos sociales⁵⁴. O sea, que en los sentimientos son decisivos lo biológico y lo sociocultural. A propósito, no está de más enfatizar que lo humano no está en lo biológico, ni en lo social, sino en la conjugación de ambos.

En el siglo XXI, entre los criterios acerca de estos asuntos teóricos, tienen su espacio los del médico español Francisco Mora, para quien los sentimientos son «esa sensación consciente de una determinada reacción emocional»⁵⁵. o sea, son la sensación dirigida a un objeto, movida por una intencionalidad, que a su vez llevan en sí.

Después de este recorrido por las consideraciones e ideas de tantos pensadores, se hace necesario delimitar a cuál conclusión se ha llegado respecto al contenido esencial de esta parte del texto. Los sentimientos son respuestas conscientes-inconscientes, espontáneas, estables y duraderas, propias de la naturaleza de un individuo, que salen de las mayores profundidades humanas y se manifiestan en situaciones similares, sobre la base de las vivencias individuales, portadoras de su historia, así como de la moral, la sociedad y la cultura que le son su entorno.

⁵¹ ROSENAL, M. y P. IUDIN. *Diccionario Filosófico*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1981, pp. 417-418.

⁵² MONTES, M. de los A. «De la semiótica de las pasiones a las emociones como efectos: la dimensión afectiva vista desde una mirada pragmatista». *Linguagem em (Dis) curso*, v. 16, n. 1, p. 181-201, 2016. DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/1982-4017-160110-4115>

⁵³ HELLER, A., *Teoría de los sentimientos*, Editorial Fontamara S. A., Barcelona, 1980, p. 15.

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 16-18.

⁵⁵ MORA, F., «¿Qué son las emociones?», en Rafael Bisquerra (coordinador) *¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia*, Esplugues de Llobregat, Barcelona, s.f., p. 16 www.faroshsjd.net

3. LAS PASIONES. GRAN FUERZA, MÁS ALLÁ DEL SUFRIMIENTO

El término «pasión» se deriva del griego «pathos», que equivale a sufrimiento⁵⁶. No es una idea descabellada pensar que el vínculo que se ha establecido históricamente entre la pasión y el amor tenga relación con la antigua creencia en los andróginos, seres primitivos compuestos de hombre y mujer, divididos por los dioses, como castigo, en dos mitades que desde entonces se buscan con un gran desespero para volverse a unir y reconstituir el ser originario.

Si se mira a la Antigüedad, Platón resulta insoslayable. En su diálogo Fedón deja ver explícitamente que para él las pasiones son negativas y las asocia al cuerpo. Considera que para llegar a la felicidad hay que apartarse «de errores, insensateces, terrores, pasiones salvajes, y de todos los demás males humanos»⁵⁷. Las ve como exaltación negativa de los sentimientos⁵⁸.

Aristóteles se destaca más que su maestro (Platón) por reflexionar en torno a las pasiones:

Pasión se dice de las cualidades que pueden alternativamente revestir un ser, como lo blanco y lo negro, lo dulce y lo amargo, la pesantez y la ligereza y todas las demás de este género. (...) Pasión (...), se dice más bien de las cualidades malas, y sobre todo se aplica a las tendencias deplorables y perjudiciales. En fin, se da el nombre de pasión a una grande y terrible desgracia⁵⁹.

Con estas palabras, no caben dudas respecto a la naturaleza negativa de esta categoría, que en él está ligada a la tragedia y la catarsis. Cree que esta última ejerce una función purificadora, ya que libra al alma del espectador de las pasiones que la tragedia representa, aunque no está claro si entiende la catarsis como purificación por las pasiones, o purificación de las pasiones. En este aspecto se diferencia de su maestro Platón, quien opina que la acción dramática estimula en los espectadores las pasiones violentas⁶⁰.

Aunque después de Platón y Aristóteles, muchos filósofos y otros estudiosos le dieron importancia a las pasiones y emitieron consideraciones importantes, en el presente ensayo muchas se van a soslayar y se va a pasar directo al Renacimiento, donde se sintetizan muchos criterios anteriores esa etapa.

Uno de los autores del siglo XVI que le brinda atención a este tema es el filósofo español Juan Luis Vives (1492-1540). En su *Tratado del alma* concibe las pasiones como movimiento del alma y asegura que su fuerza principal la adquiere del cuerpo. Su estudio es un acercamiento a los procedimientos para calmarlas y recuperar el control sobre sí mismo, porque las ve como afectación del alma, y opina que se calman por medio de los sentidos y sus efectos. Ve las pasiones como un estado

⁵⁶ GONZÁLEZ, O. B., «Juan de Arguijo y la expresión de las pasiones *Aula lírica*». *Revista sobre poesía ibérica e iberoamericana*, 4, 2012, p. 1 www.aulalirica.org

⁵⁷ PLATÓN. *Fedón*. Edición digital, p. 32 <http://www.librodot.com>

⁵⁸ PLATÓN. *Las Leyes*, en *Obras Completas*. Medina y Navarro Editores, Madrid, 1872, t. 9, p. 14

⁵⁹ ARISTÓTELES. *Metafísica*, en BUCH SÁNCHEZ, R. M., *Antología. Historia de la Filosofía*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2012, p. 372.

⁶⁰ ABBAGNANO, N., *Historia de la filosofía*, o. c., t. 1, p. 133.

de inestabilidad y alteración que afecta el cuerpo y la psiquis y que equivale a un cambio físico y espiritual⁶¹.

En el Renacimiento, desde la perspectiva médica, se entendía las pasiones como conjugaciones de cambios físicos y mentales. «De acuerdo con la medicina renacentista, cuerpo y alma se mantienen unidos y cambian al unísono, como en la imagen de los elementos naturales que usa Vives. De esta manera, las pasiones pueden controlarse cuando se actúa sobre el cuerpo»⁶². De ese modo, el amor se veía junto a las pasiones y se afirmaba que la solución estaba en lo que hoy se conoce como la satisfacción sexual, aunque también se consideraba que la solución para ello era la búsqueda de la belleza, porque así se logra un acercamiento a lo divino.

En este tema es inevitable el nombre de René Descartes por su tratado *Las pasiones del alma* (1649). En esta obra expresa que concibe al ser humano como la unión de alma y el cuerpo y define las pasiones del modo siguiente: «percepciones, o los sentimientos, o las emociones del alma, que se refieren particularmente a ella, y que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus»⁶³. Él mismo explica a continuación el porqué de su definición: las llama percepciones para destacar que no son acciones del alma o voluntades, ni designa conocimientos evidentes; las llama sentimientos porque el alma no las conoce y son recibidas del mismo modo que los objetos de los sentidos exteriores y las llama emociones porque cuando llegan al alma la agitan fuertemente. También aclara que las considera del alma, para diferenciar estos sentimientos de los que se refieren a objetos exteriores, que la relaciona con el movimiento de los espíritus, para diferenciarlas de las voluntades que se pueden llamar también emociones del alma porque son causadas por ella misma.

Descartes deja entrever que reconoce que las voliciones pueden mover el cuerpo y que hay movimientos de este que afectan al alma: «lo que es acción en el cuerpo es pasión en el alma»⁶⁴. Para él, aunque las pasiones son propias del alma, nacen en el cuerpo, porque están unidos; por eso, no se pueden definir o considerar como movimientos o apetitos del alma, donde todo movimiento refiere voluntad; de aquí que para él las pasiones son *pensamientos no claros y distintos, oscuros y confusos*⁶⁵ que predisponen al alma a querer lo que es útil al cuerpo.

Pero Descartes concibe la voluntad libre ante las pasiones, por ello, la primera no siempre cumple los dictados de la segunda; la voluntad es soberana al actuar, independiente de las pasiones. Según el francés, la voluntad es más importante pues puede desestimar lo pasional. «Las *almas fuertes* son aquellas en las que la voluntad combate con los *juicios firmes y precisos* sobre el bien y del mal, según los cuales ha resuelto conducir las acciones de su vida. Pero las almas que no vencen con esas armas, se limitan a combatir dirigiendo unas pasiones contra otras. Las *almas débiles* son aquellas cuya voluntad sigue tan sólo las *pasiones del momento*, que al ser

⁶¹ GONZÁLEZ, O. B., «Juan de Arguijo y la expresión de las pasiones *Aula lírica*». *Revista sobre poesía ibérica e iberoamericana*, 4, 2012, p. 1 www.aulalirica.org

⁶² *Ibídem*, p. 4

⁶³ DESCARTES, R. *Las pasiones del alma*. Biblioteca virtual universal. Artículo 27. <http://www.biblioteca.org.ar/LIBROS/1910.pdf>

⁶⁴ CANTERO, R. L., «Descartes y las pasiones del alma». *Cauriensia*, volumen 2, 2012, p. 251

⁶⁵ *Ibídem*, p. 254

contrarias entre sí tiran de ella en una dirección y en otra, llevándola a un estado deplorable. La voluntad se hace esclava y desgraciada a causa de esas pasiones que no logra dominar»⁶⁶. Para él, los juicios firmes son la virtud; desde esta se combaten las pasiones y se vencen.

En la obra de referencia, Descartes les impregna a las pasiones un estado de servidumbre del cual los humanos deben liberarse, y pueden hacerlo con su capacidad racional y su voluntad. Tal estado propició que se le atribuyeran características como la pasividad (contrarias a la acción, desmovilizadoras), la perturbación o afectación del ánimo y la afición extremadamente fuerte por alguien o por algo.

Otro autor imprescindible en el desarrollo de este tema es el filósofo británico David Hume, de quien es la afirmación siguiente, de suma importancia en la actualidad:

Nada es más usual en la filosofía, y aun en la vida común, que hablar de la lucha entre la pasión y la razón y darle preferencia a la razón y afirmar que los hombres son solo virtuosos mientras se conforman a sus dictados. (...) Para mostrar la falacia de toda esta filosofía, intentaré primero probar que la razón por sí sola jamás puede ser motivo de una acción de la voluntad, y segundo, que jamás puede oponerse a la pasión en la dirección de la voluntad⁶⁷.

Desde aquí no ha extrañar que afirme que las pasiones «actúan sobre mí y me dirigen»⁶⁸.

Para Hume las pasiones son emociones más intensas y complejas, por cuanto las emociones, son «pasiones más débiles que se derivan de la consideración de cada una de las partes del objeto»⁶⁹. Al referir las pasiones establece relaciones con otras categorías. Una de ellas es la creencia, a propósito de la cual afirma: «Del mismo modo que la creencia es casi absolutamente necesaria para excitar nuestras pasiones, las pasiones, a su vez, son muy favorables a la creencia, y no solo los hechos que producen emociones agradables, sino también (...) los que nos causan dolor»⁷⁰.

Hume considera que las pasiones pueden surgir de las creencias, de la realidad y de la ficción poética, de esta última pueden surgir todos los tipos de pasiones, pero con la diferencia de que lo que en la vida real es desagradable, puede que cause agrado en una obra poética y viceversa. Sobre esta base sostiene que «la diferencia de las pasiones es una prueba clara de una diferencia análoga en las ideas de las cuales las pasiones se derivan»⁷¹. Amerita subrayar que para este filósofo las ideas pueden surgir de las pasiones, pero estas también pueden ser causa de las primeras. A su vez, sobre las percepciones influyen las reflexiones y las pasiones, con lo cual abastecen de ideas a la memoria⁷².

La noción de David Hume acerca de las pasiones «es una percepción de la mente de una emoción vehemente y ardorosa: fuerza impulsora y fuente motivacional. Ímpetu, energía vital, próxima al instinto, inclinación o disposición natural cuya

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 255

⁶⁷ HUME, D., *Tratado sobre la naturaleza humana*, o. c., p. 301

⁶⁸ *Ibíd.*, p. 203

⁶⁹ *Ibíd.*, p. 117

⁷⁰ *Ibíd.*, p. 101

⁷¹ *Ibíd.*, p. 104

⁷² *Ibíd.*, p. 161

esencia es el sentimiento»⁷³. Si hay algo significativo en estas ideas de David Hume (las pasiones, y la afectividad en sentido general) es su mirada compleja y el papel activo que le otorga en cuanto a los seres humanos, con lo cual supera la escisión razón-afectividad y, al mismo tiempo, se impone al racionalismo que reduce al ser humano a su capacidad racional y lo transforma en un objeto pensante carente de afectividad o, en el mejor de los casos, se reconoce lo afectivo en él, pero se subraya que puede vencerlo y si lo logra, se destaca como un mérito, como un ejemplo a seguir.

Independientemente de cualquier criterio positivo o negativo en torno a la afectividad y a las pasiones específicamente, estas ejercen influencia sobre los seres humanos y pueden ser determinantes, de aquí la importancia de brindarles atención, de tenerlas en cuenta.

En cuanto a J. J. Rousseau, vale acotar que concibe la piedad como una pasión natural de los seres humanos, porque los conduce a que recuerden que tienen algo en común, además, que su principal efecto consiste en que los fuerza a salir de sí mismos, y los mueve a socorrer al que sufre. Atribuye a ella un lugar importante en la vida humana, aunque entiende que por sí sola es una fuerza débil e insuficiente que no se prolonga en una acción duradera. La reconoce como un sustrato sobre el cual pueden y deben apoyarse otras pasiones, es decir, es la base, el fundamento de otras. Si hay algo destacable en este filósofo en cuanto al tema de referencia es que para él las pasiones desempeñan un rol primordial a la hora de explicar la conducta humana⁷⁴.

En lo que respecta a Adam Smith, uno de los aspectos más importante de sus reflexiones, junto al papel fundamental que le otorga a la simpatía, es que destaca el carácter individual de lo afectivo; no deja dudas de que lo común entre ellas es que son individuales. Asegura que por mucha imaginación que alguien tenga respecto a las emociones, los sentimientos y las pasiones de los demás, nunca va a sentir como quien padece⁷⁵ aunque sostiene que en «ciertos casos, parecerán trasfundidas de un hombre a otro, instantáneamente, y con prioridad a todo conocimiento de lo que las estimuló en la persona primeramente inquietada»⁷⁶. o sea, la causa. Pero «la condición para solidarizarse con las pasiones de los otros es que haya armonía perfecta con las emociones de simpatía»⁷⁷.

Otro aspecto de las reflexiones de Adam Smith, que tiene gran importancia teórica, es que ve las pasiones ligadas a la imaginación. A estos nexos favorece su opinión siguiente: «Cada facultad de un hombre es la medida por la que juzga de la misma facultad en otro»⁷⁸. Pero insiste que, aunque se despliegue una imaginación inmensa, nadie nunca va a sentir la afectividad de otra persona como la siente ella: la afectividad es netamente individual. Ahora bien, tal posición no puede entender-

⁷³ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, T., «La teoría de las emociones en las obras de David Hume: cognitivismo avant la lettre». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol. 40, 2013, p. 154.

⁷⁴ POLLITZER, M. «El rol de las pasiones en las sociedades democráticas. Un diálogo entre Rousseau y Tocqueville». *Prismas – Revista de Historia Intelectual*, vol. 17, núm. 1, 2013, p. 32.

⁷⁵ SMITH, A., *Teoría de los sentimientos morales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941, p. 31.

⁷⁶ *Ibíd.*, p. 35.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 35.

⁷⁸ *Ibíd.*, p. 52.

se como que ve lo afectivo aislado de la sociedad; al contrario, para él es, en sentido estricto, histórico-concreto, y lo expone de varias maneras a lo largo de su texto; no obstante, no le impide opinar que «las pasiones se justifican a sí mismas, mientras se estén sintiendo»⁷⁹, o sea, pueden cambiar las condiciones objetivas, pero la persona puede seguir su apasionamiento y eso basta para que su existencia tenga razón de ser.

En la concepción de Smith tienen un sitio básico la piedad y la compasión; algo que lo acerca a J. J. Rousseau. Sobre este fundamento, en sus reflexiones expone explícitamente una clasificación primaria de las pasiones en agradables (el amor y alegría) y amargas y dolorosas⁸⁰, que se corresponde con el bien y el mal, cimiento histórico de la moral y la afectividad. Sobre ellas y en nexos con ambas, ubica las emociones violentas, que pueden darse por amor o alegría, pero también por tristeza o cólera; apunta que en cualquiera de estos casos se pueden nublar los juicios⁸¹. De sus reflexiones se infiere que es preciso evitar el arribo a ese nivel de ofuscamiento: uno de sus mensajes más trascendentales.

Otra de las consideraciones interesantes e importantes acerca de las pasiones, data de finales del siglo XX y pertenecen al filósofo italiano Remo Bodei (1938). Cuando habla de ellas tiene en cuenta las emociones, los sentimientos y los deseos. Las ve «como estados que no se añaden del exterior (...) sino que son constitutivos de la tonalidad de cualquier modo de ser físico y hasta de toda orientación cognitiva»⁸². En su concepción, las pasiones

preparan, conservan, memorizan, reelaboran y presentan los «significados reactivos» más directamente atribuidos a personas, cosas y acontecimientos por los sujetos que los experimentan dentro de contextos determinados, cuyas formas y metamorfosis evidencian. Dejan en realidad que sea la «razón» misma —a posteriori presentada como provisionalmente arrollada y seducida— la que establezca el objetivo y el alcance de su acción, individuando los objetos sobre los cuales irrumpir, midiendo el punto en que detener el ímpetu, dosificando la virulencia de actitudes disipativas⁸³.

Respecto a las pasiones tiene buenas expectativas ya que le reconoce una significativa utilidad para preparar y conservar lo que se quiera, pero también para andar en pos de la reelaboración de aquello que ya no satisface como ha llegado hasta hoy, pero que no debe desaparecer, por lo menos por ahora, aunque el ímpetu de todo este remolino formado no solo por las pasiones, sino también por las emociones, los sentimientos y los deseos, Bodei lo limita, para regularlo, a la autoridad de la razón; así observa una especie de conexión entre ambas, una malla de vínculos que no siempre se muestra con claridad. No ha extrañar, entonces, que el filósofo italiano asegure que las pasiones se caracterizan no solo por ser conflictivas o pasivas, pues matizan lo subjetivo, impulsan, atentan contra la inercia y la monotonía. Por eso pregunta:

⁷⁹ Ibídem, p. 35.

⁸⁰ Ibídem, p. 106.

⁸¹ Ibídem, p. 106.

⁸² BODEI, R. *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político*. México, Fondo de Cultura Económica, 1995, p. 3.

⁸³ Ibídem, pp. 3-4.

¿Valdría la pena vivir si no probásemos alguna pasión, si tenaces e invisibles hilos no nos atasen con fuerza a cuanto —por diverso título— nos llega al “corazón”, y cuya pérdida tememos? La total apatía, la falta de sentimientos y de resentimientos, la incapacidad de alegrarse y de entristecerse, de estar “llenos” de amor, de cólera o deseo, la misma desaparición de la pasividad, entendida como espacio virtual y acogedor para la presentación del otro, ¿no equivaldría tal vez a la muerte?⁸⁴.

Y por esto mismo se formula otra interrogante: «¿Por qué no concebirlas, pues, como formas de comunicación tonalmente “acentuada”, lenguajes mímicos o actos expresivos que elaboran y transmiten, al mismo tiempo, mensajes vectorialmente orientados, modulados, articulados y graduables en la dirección y en la intensidad?»⁸⁵.

No hay dudas de que es necesario, y más aún, urgente, subrayar que hoy, cada vez con mayor fuerza, hay que cambiar el modo de mirar las pasiones y llegar a aprovechar lo que tienen de útil; además, son componentes del ser humano y esto basta para prestarles atención.

Las pasiones no en todos los casos se reducen a manifestaciones somáticas, a veces se conciben como síntomas de una realidad que afecta, sobre todo, la vida en sociedad⁸⁶. A propósito de esta idea, no resulta superfluo acotar que puede hablarse de pasiones positivas y negativas (según sus efectos) y, muy relacionadas con ellas, también puede hacerse mención a altas y bajas (debido a sus orígenes y tendencias).

De manera opuesta, no faltan autores quienes relacionan las pasiones al cuerpo y las aproximan a las emociones. Uno de ellos considera que la teoría de las pasiones puede referir la naturaleza del cuerpo y la unidad substancial humana, así como las relaciones morales entre los deseos del cuerpo y las aspiraciones de la razón; y opina así porque las concibe como «la impresión que un fenómeno del mundo causa en el cuerpo y también el impulso corporal que surge de esa impresión»⁸⁷. Sobre esta base asegura que las pasiones tienen que ver con los sentidos, los apetitos, los deseos que la información del mundo despierta. Aquí fundamenta la necesidad de educarlas, porque «el cuerpo humano debe educarse para ser capaz de sentir cosas nuevas y engendrar nuevos impulsos»⁸⁸. Su argumento se apoya en que el cuerpo humano es moldeable y capaz de sentir lo agradable y otras sensaciones desconocidas; al mismo tiempo enfatiza que depende no solo de eso, sino también de que todo cuerpo humano y su dueño, pertenecen a una cultura determinada, que llega a imponerse. Junto a eso considera que, si ciertamente las facultades humanas son autónomas respecto a las pasiones, entre ambas hay implicaciones.

Las pasiones y, junto a ellas las emociones y los sentimientos, forman un universo repleto de laberintos por explorar y de una inconmensurable valía para el ser

⁸⁴ Ibídem, p. 4.

⁸⁵ Ídem.

⁸⁶ SURRALLÉS, A., «Afectividad y epistemología de las ciencias humanas», en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, Ed. *Electrónica*, número especial, noviembre-diciembre 2005. www.aibr.org consultada 20 de marzo de 2018, p. 4.

⁸⁷ RODRÍGUEZ VALLS, F., «Naturaleza, hábito y educación de las pasiones». *Pensamiento*, vol. 67, no. 252, 2011, p. 323.

⁸⁸ Ibídem, p. 331.

humano, porque está constituida por todas sus fuerzas, positivas y negativas, no corporales (aunque influyen sobre su físico y pueden determinar sobre él), cuya acción sobre el presente y el futuro humanos es de una valía no solo indiscutible, sino creciente. Es en este terreno donde se ha de buscar la potencia humana y lo más prometedor de cuanto es capaz de encaminar a los humanos a su mejoramiento como seres perfectibles que son.

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, N. Historia de la filosofía, Edición Revolucionaria, La Habana s.f., t. 2, p. 297.
- Aristóteles (2012). Metafísica, en Rita María Buch Sánchez. Antología. Historia de la Filosofía. La Habana: Editorial Félix Varela, p. 372.
- Bodei, R. (1995). *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 3.
- Carretero, M. (2005). «Introducción. Conocimiento y deseo en la obra de Jean Piaget», en Jean Piaget: *Inteligencia y afectividad*. Buenos Aires: Aique, p. 9.
- Cuartas Corral, A. (2017). «En busca de la dimensión intencional de las emociones y los estados de ánimo», en *Ideas y Valores* 66. Suplemento no. 3 (2017): pp. 58-59. <http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v66n3Supl.65636>
- Damasio, A. (1994). *Descartes' Error. Emotion, Reason and the Human Brain*. New York: Avon Books. Citado por A. Cuartas Corral, ob, cit, p. 65.
- Descarte, R. *Las pasiones del alma*. Biblioteca virtual universal. Artículo 27. <http://www.biblioteca.org.ar/LIBROS/1910.pdf>
- Díaz, J. L. y Flores, E. O. (2001). «La estructura de la emoción humana: un modelo cromático del sistema afectivo», en *Salud Mental*, Vol. 24, No. 4, agosto 2001, p. 21. www.mediagraphic.org.mx
- González, O. B. (2012). Juan de Arguijo y la expresión de las pasiones *Aula lírica. Revista sobre poesía ibérica e iberoamericana*, 4, p. 1 www.aulalirica.org
- Heller, A. (1980). *Teoría de los sentimientos*, Editorial Fontamara S. A., Barcelona, p. 15.
- Hume, D. (2001). *Tratado sobre la naturaleza humana*. LIBROS EN LA RED. Edición Electrónica: Diputación de Albacete, Servicio de Publicaciones – Gabinete Técnico, www.dipualba.es/publicaciones, p. 20
- Lázaro Cantero, R. (2012). «Descartes y las pasiones del alma». *Cauriensia*, volumen 2, 2012, p. 251.
- Maisonneuve, J. (1953). *Los sentimientos*, Salvat Editores, S. A., Barcelona-Madrid, p. 13.
- Marina, J. A. (2005). «Precisiones sobre la Educación Emocional». *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, vol. 19, núm. 3, diciembre, p. 34
- Maturana, H. (2001). *Emociones y lenguaje*, Dolmen Ensayo, Santiago de Chile, p. 7.
- Mesa, L. (2018). «El conflicto en las emociones recalcitrantes». *Ideas y Valores*, 67, Suplemento número 4, p. 116.
- Montes, M. Á. (2016). «De la semiótica de las pasiones a las emociones como efectos: la dimensión afectiva vista desde una mirada pragmatista». *Linguagem em (Dis) curso*, v. 16, n. 1, p. 181-201. DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/1982-4017-160110-4115>
- Mora F. «¿Qué son las emociones?», en Rafael Bisquerra (coordinador) *¿Cómo educar las emociones? La inteligencia emocional en la infancia y la adolescencia*. Esplugues de Llobregat, Barcelona s.f., p. 16 www.faroshsjd.net
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, París, p. 13.
- Platón. F. Edición digital, p. 32 <http://www.librodot.com>
- Platón (1872). Las Leyes, en Obras Completas. Madrid, Medina y Navarro Editores, t. 9, p. 14

- Piaget, J. (2005). *Inteligencia y afectividad*. Buenos Aires: Aique.
- Pollitzer, M. (2013). «El rol de las pasiones en las sociedades democráticas. Un diálogo entre Rousseau y Tocqueville». *Prismas – Revista de Historia Intelectual*, vol. 17, núm. 1, p. 32.
- Quintanilla Madero, B. «La educación de la afectividad», en *Revista Panamericana de Pedagogía* <http://biblio.upmx.mx>
- Richau, M. C. y Mesurado, B. (2016). «Las emociones positivas y la empatía como promotores de las conductas prosociales e inhibidores de las conductas agresivas». *Acción Psicológica*, volumen 13, no. 2, p. 31, <http://dx.doi.org/10.5944/ap.13.2.17808>
- Rodríguez Valls, F. (2011). «Naturaleza, hábito y educación de las pasiones». *Pensamiento*, vol. 67, no. 252, p. 323.
- Rosental, M. y Iudin, P. (1981). *Diccionario Filosófico*. La Habana: Edición Revolucionaria, pp. 417-418.
- Rousseau, J. J. (2012). «Discurso sobre el origen de la desigualdad», pp. 165-172, en Tania Samé Iglesias. *Antología. Historia de la filosofía*, t. IV, Editorial Félix Varela, 2012,
- Sánchez Sánchez, T. (2013). «La teoría de las emociones en las obras de David Hume: cognitivismo avant la lettre». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol. 40, p. 154.
- Shanker, S. y Reygadas, P. (2002). «La red de la racionalidad: emoción y lenguaje». *Cuicuilco*, vol. 9, núm. 24, <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35102403>, p. 5.
- Scheler, M. (1999). *El saber y la cultura*. Ediciones Elaleph.com, p. 65
- Scheler, M. (2000). *Sociología del saber*. Ediciones Elaleph.com, p. 88.
- Sellés, J. F. (2010). «Los filósofos y los sentimientos». *Cuadernos de Anuario Filosófico. Serie Universitaria*, no. 227, p. 7.
- Smith, A. (1941). *Teoría de los sentimientos morales*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 37.
- Surrallés, A. (2018). «Afectividad y epistemología de las ciencias humanas», en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, edición electrónica, número especial, noviembre-diciembre, 2005. www.aibr.org consultada 20 de marzo de 2018, p. 4.

Universidad de La Habana
fvarona@cepes.uh.cu
fvarona1960@gmail.com

FREDDY VARONA DOMÍNGUEZ

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2020]